

jeres y abusaron de ellas deshojando la flor de su decoro, violándolas con toda premeditación, riéndose de sus lamentos, haciendo inmundos chascarrillos acerca de todo lo que podía servirles de tema de alegría.

A nosotros, es decir á mí, se dirigió el monazo aquel que se había vendido por nuestro salvador.

¡Ah, bribonas, chinacas, indecentes; ya las tengo!

Y me puso la mano en el hombro tirando de mí para llevarme en medio del cuarto. Mamá se puso furiosa: increpó al villano, llamó odiosa á la Francia que nos traía esa horrible forma de desorden que no habrán conocido los más feroces revolucionarios; se lamentó, lloró, se mesó los cabellos, tiró de mí para protegerme; pero ni las censuras fueron oídas, ni los lamentos escuchados, ni los lloros atendidos, ni los mesamientos y esfuerzos tuvieron eficacia alguna. Por más que yo bregaba, sentía que iban á acabarse mis fuerzas y que al fin tendría que caer en manos de aquel infame. Pero cuando más comprometidas nos hallábamos, entró un sujeto bajito de cuerpo, de barbilla recortada, rubio y de buena cara, que viendo la mía espantada y sin color apartó al infame é hipócrita, y dándole un empujón le dijo en buen castellano:

— ¡Ea, basta ya; deje usted á estas señoras!

Y dándonos el brazo nos condujo fuera de aquel lugar.

No tengo tiempo ni calma para escribirte más; bás-

tete saber que estamos á salvo y que no tenemos cuidado por la suerte de papá.

Muy pronto te escribirá largamente tu

Eugenia.

DE MIGUEL CABALLERO DE LOS OLIVOS Á EUGENIA JECKER
Y UBIARCO, SU MUJER

Guadalupe y Calvo, 1865.

Eugenia mía de mi corazón: ignoro si estarás ya en Sinaloa, conforme me lo anunciabas; pero el portador, que es seguro y listo, sabrá remitirte este papel adonde te halles. Me han pasado tantas cosas notables, que necesito varias cartas para referírtelas una por una.

En primer lugar, debes saber que el otro día, en una marcha, me retrasé del general y de su Estado Mayor, y que en unión de algunos de los que rodean al jefe, me puse á descansar debajo de unos árboles que bordean un camino.

No bien acababa de perder de vista al general, cuando llegó Parapilla agitado y descompuesto:

— ¿Dónde está don Ramón? dijo á voces.

— Por allí va, le contestamos negligentemente.

— Pero ¿por dónde? ¿Qué rumbo lleva?... Figúrese, me dijo, que tengo que decirle muchas cosas á Corona, porque acabo de coger á un espía, á un espía de Lozada.

¿Qué le parece? Y le he sacado muchísimas cosas... ¡El maldito Lozada!... ¡Si le conozco como si le hubiera acabado de desensillar!...

Seguimos andando y á poco advertimos el grupo que formaban Corona y sus ayudantes. Parapilla se adelantó y quiso abrazar al jefe haciendo demostraciones de grandísima satisfacción por verle. Ciento cincuenta pasos más habían caminado, cuando de una manchita de monte salieron doscientos ó trescientos franceses de á caballo, esgrimiendo los sables y atacando al pequeño grupo que rodeaba al general.

Poco tuvimos que esforzarnos para reunirnos á los que se defendían, y apoyándonos precisamente en la manchita de bosque de donde habían salido los enemigos, empezamos á luchar sin descanso. Los *Cazadores de Africa*—porque eran *Cazadores* los de la sorpresa—dirigían tajos y mandobles contra nosotros; pero como nos encontraban distribuídos en porciones de cinco ó seis jinetes nos acometían con flojedad y como indecisos.

De repente se oyó un grito destemplado:

— ¡Aquí está Ginés Martínez, jijos de la tiznada!... ¡Aquí hay *pirata*, tales!

En el momento mismo se precipitó el alud aquel sobre los cuatro ó cinco que rodeaban al general, mientras Ginés abrazaba á Corona como tratando de protegerle.

Pero don Ramón, con presteza de anguila, se escabu-

lló de los brazos de Paramonte, se metió por el bosquecillo, y anda véte: ojo reloj. A los dos minutos llegaban trescientos jinetes del coronel Guerra, y los cazadores despejaban el lugar dejando diez ó doce muertos ó moribundos. A Ginés no se le vió más: su caballo pinto corrió arrastrando un zarape tricolor, pisándose las riendas, alzando la cabeza y girando los ojos por todas partes, como si quisiera preguntarnos por su dueño. El sargento Perales ocurrió á recoger la bestia y volvió con ella del diestro á la sazón que esperábamos al general, que no debía de estar distante.

Luego que se nos incorporó, le dije á Perales:

— El pobre Ginés... ¡lo que son las cosas! sin quererlo atrajo sobre el general los machetes de los argelinos (te advierto que por aquí se llama *argelinos* á todos los franceses).

Me miró Perales largamente, y riéndose entre sus barbotas, de manera que la risa salía como tamizada, como cernida, me contestó con sorna:

— ¿Conque sin quererlo, jefe? No lo crea; todo era cosa convenida, no le quepa duda... El tal Parapilla es capaz de cualquier cosa... Y la prueba de que nos teme está en que no ha aparecido más... El miedo no anda en burros... Este fué lozadeño; últimamente le vieron en el puerto haciendo migas con la gentuza; ahora se nos presenta aquí... Me parece que la cosa no tiene duda. Llegó fin-

giéndose republicano y al parecer furioso con los traidores, pero de seguro que desde Tepic venía arreglado. ¿No me cuenta que les asaltó en la sierra la gente de Domingo Naya? Pues no ha de haber sido asalto; ha de haber sido entrevista con este indecente para acabar de ponerse de acuerdo en su cochinada... Eso es claro.

Ya ves, pues, Eugenia de mi alma, con quién ha hecho viaje tu inexperto

Miguel.

P. S. Acabo de recibir tu carta y de saber cuanto ha acontecido. No me cabe duda de que el malvado que tanto las hizo sufrir fué el bribón de Parapilla. Le ofrezco hacerle pagar todas juntas.

DE MIGUEL CABALLERO A SU MUJER

Guadalupe y Calvo, 1865.

Génie de mi alma: íbamos atravesando un terreno agostado y triste; á la derecha se descubría un jacal quemado recientemente, mirándose tan sólo restos de los cuatro palos que habían formado el caballete, y una cruz humeada y con los brazos caídos que había coronado el pobre albergue en que antaño se echaban tortillas y ardía la leña bienhechora. A la izquierda estaban tres montones de piedras que indicaban que en aquel lugar habían muerto de mala muerte algunos infelices. A lo lejos se

descubría una polvareda gris, y en el término de la carretera un ranchuelo que semejaba una excrecencia brotada en la tierra estéril y tristoná.

— Allí descansaremos, dije á Perales señalándole con el cabo de la cuarta las paredes polvorientas.

— ¡Ah que l'amo! me respondió el subteniente; ¡ah que l'amo! ¡descansar!... ¿Qué, no ve que eso está más pelón que el paladar de una vieja?.. Antes había aquí su comercito, vivían algunos dueños de ranchos y todo marchaba como Dios quería; hoy, desde que lo quemó la gabachada, está *ingrimo* y solo, *ingrimo* y solo... y como esto es todito el Estado de Sinaloa: entiéndalo, mi capitán, si éstos no se retiran, la tierra se acaba. Los sina-



loenses han hecho por nosotros más que los doce pares de Francia; pero la verdá que todo tiene su hasta aquí: yo he visto rancheros que han salido á incontrar á mi general... Mi general, buenos días; y que esto y que lo otro y que la patria y que jué y que vino y que el invasor extranjero y que tornó y que volvió... Y no le miento, uno le iba dejando los quinientos y otro los mil y otro los mil quinientos, duritos como un hueso. Y ora, jefe, ¿qué van á dejar? Nosotros les daremos si acaso... Ya no hay labores, porque no hay gente útil: á toda se la ha llevado la leva; ya no hay ganado, porque se ha muerto ó se le han comido los partidarios; ya no hay comercio, porque los caminos están hirviendo de *jurtones* á pilas; ya no hay minería, porque los pozos están inundados y no hay quién saque una brizna de metal...

Y luego, lo mal que nos va en todas nuestras cosas; á Crespo le sorprendieron en Jacobo y le dispersaron á toda su gente; á Guzmán le derrotó Lozada en Guajicori y le hizo pedazos; á Camilo Isiordia le dieron el otro día una zacateada que me le dejaron por puertas; ayer redotaron los franceses á Miguel Martínez y se quedaron con el Rosario; cayó Lozada sobre el hospital de Maloya, y no le miento, patrón, en sus camas mató á treinta y cinco heridos, muchos de ellos franceses recogidos y curados por nosotros; el general Martínez y el general Gutiérrez salieron hechos pedazos el otro día cerca de Mazatlán, y

por fin, Lozada acaba de entrar en esa plaza al frente de tres mil indios.

Tenemos que hacer una cosa, apretadas naranjas, y es salirnos de aquí á ver qué hacemos en el rumbo de Durango. Ya el jefe se lo escribió al presidente don Benito, diciéndole también que qué hubo pues, que si no nos auxilia ó que qué moo damos...

Y pa que vea no más á lo que llega la probeza: el otro día pensaron los generales en mandarle decir esas cosas al señor de Paso del Norte, y recordando que había aquí un sujeto á quien don Benito les había recomendado, pues dijeron: *Obrediós*; éste está que ni mandao hacer; que le refiera al Presidente lo que pasa... El buen señor, pos dijo que sí, que sí iba, pero que necesitaba recursos... «¿Recursos?» dijeron los jefes pelando tantos molcajetes... «¿Qué recursos necesita? ¿Cuánto quiere?» «Que diez pesos», respondió el otro... Se quedaron súpitos los jefes. Pero como el otro era juereño, juntando aquí y arañando allá le reunieron los diez duritos. Pero antes el general le escribió una carta á don Juárez: que esto y que lo otro y que viera á quiénes recomendaba y que su hombre había de menester diez pesos no más pa caminar de aquí á Paso del Norte... Figúrese, pues vida de arzobispo...

Llegamos en eso á una barranquilla que nos ofrecía facilidades para el sesteo, y debajo de unos mezquites atamos á las caballerías. De las grietas, como animales

feroces, salieron una mujer y tres chiquillos, de los cuales el recién nacido tiraba sin cesar de una teta flácida, negruzca y sin jugo, que parecía hecha de cautchuc. Al ver que nada intentábamos contra ellos los pobres, se nos acercaron pidiendo limosna con voz plañidera y que parecía salirles de las entrañas.

— Es la falla y quieren yesca, hijos, exclamó Perales poniéndoles en la mano unas tortillas duras.

Y al ver que yo me fijaba en un potaje verde, con aspecto de cataplasma, que cocían en una olla rajada, me dijo el subteniente:

— ¿No conoce ese menjurge? Son los bledos, que solos, ó revueltos con maíz ó trigo, se comen aquí en los tiempos de escasez. Es comida de los de la vista baja, hablando con perdón.

Y luego, subiendo á toda prisa, ya que había pasado el bochorno de la siesta, continuamos afligidos nuestra peregrinación.

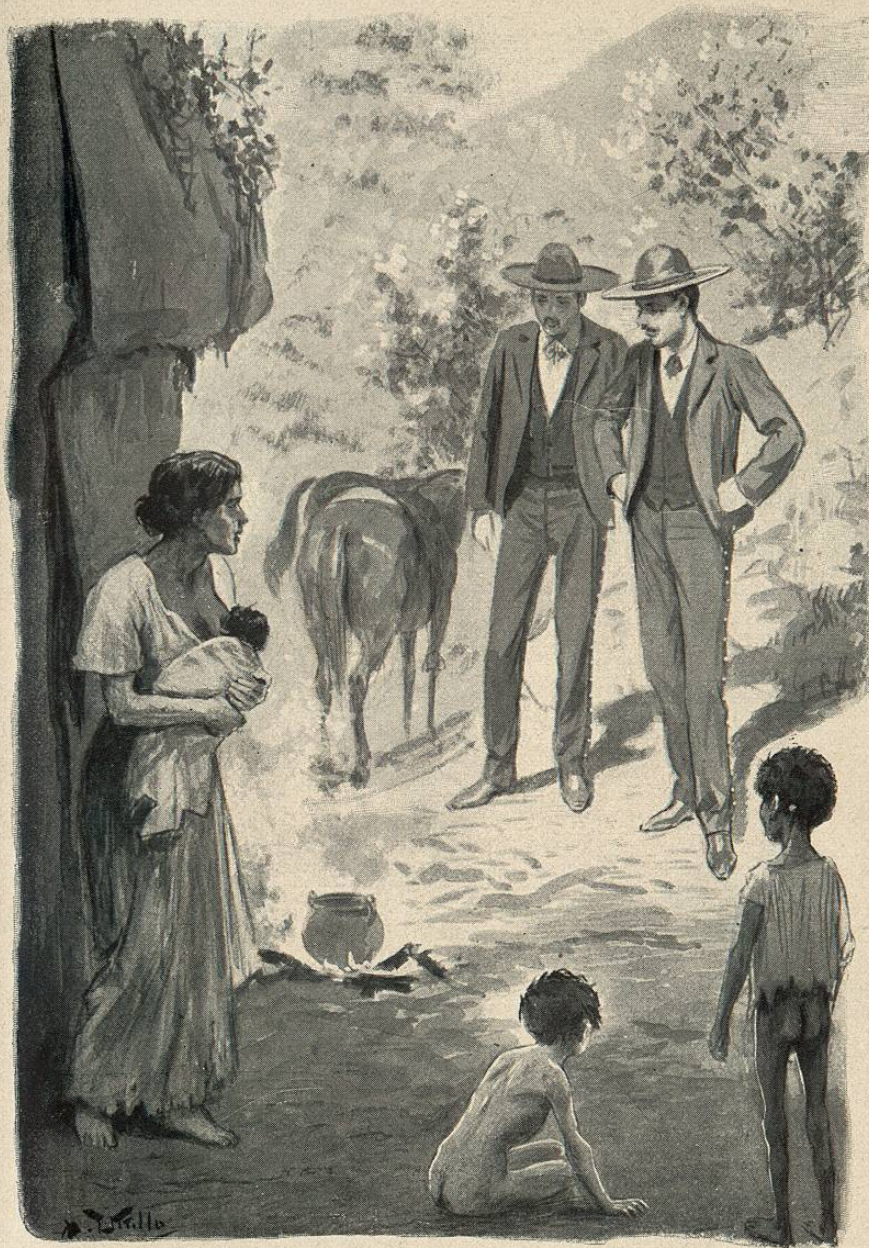
Hasta mañana.

Miguel.

DEL MISMO Á LA MISMA

Guadalupe y Calvo, 1865.

Hijita mía de mi alma: aprovecho este corto descanso para contarte muchas cosas que te interesarán por ser mías, y que deseo guardes para recordarlas alguna vez.



— ¿No conoce ese menjurge? Son los bledos, que solos, ó revueltos con maíz ó trigo...

Es, pues, el caso que esa noche, la del día en que acaeció el encuentro con los desgraciados que vivían en el fondo de la barranca, Corona llamó á un viejo y aguerrido militar llamado el comandante Calixto Salas, y luego de saludarle le habló así:

— Comandante, quiero encargarle una comisión de mucho peligro; pero como lo es, le dejo á usted en libertad de aceptar ó no.

— La acepto, mi general.

— No respondas á ciegas, exclamó Martínez; todavía no sabes en qué consista la tal comisión y ya aseguras que te conviene. Se necesita, ante todo, de mucha actividad y de una gran resolución; tú eres hombre pundonoso; ya te conocemos, mas vale la pena que lo medites.

— La acepto.

— Se trata de esto, exclamó Corona; por circunstancias especiales necesitamos cambiar el teatro de nuestras operaciones; pero para poder retirarnos hay que hacerles creer á los franceses que vamos á tomar rumbo distinto del que en realidad seguiremos. Usted, con veinticinco caballos que escogerá de lo mejorcito de nuestras brigadas, se mete á la Noria yéndose por un lado de Copala, á fin de hacer creer á los franceses que vamos á pasar por allí y de que desatiendan el camino de Zaragoza, por donde en realidad pasaremos. Usted manda preparar víveres para dos mil hombres, hace matar reses que basten

para un número igual, y extiende la nueva de que vamos á caminar en alta fuerza, dirigiéndonos á un lugar que ignora.

Salas quedó perplejo por un rato, y cuando reflexionaba más detenidamente, otro chinacate, un tal Pacheco, tomó la palabra y le dijo con sorna:

— No te asustes, *Calistro*, que si á ti no te conviene el encarguito no faltará quien lo haga por ti, y nada menos aquí estoy yo pa servirte.

— No decía eso, repuso Salas enojado; reflejaba sólo en que veinticinco hombres son poca gente, que si el general pudiera darme siquiera el doble le respondía con mi cabeza de que todo salía bien, y que si no me les puede dar, con los veinticinco veré lo que hago.

— Amigo, respondió Corona, no sé si habrá los cincuenta jinetes entre los nuestros. No está bien la caballada y se necesita darle gente lista para todo servicio. Usted mismo escoja, y si les reune son suyos.

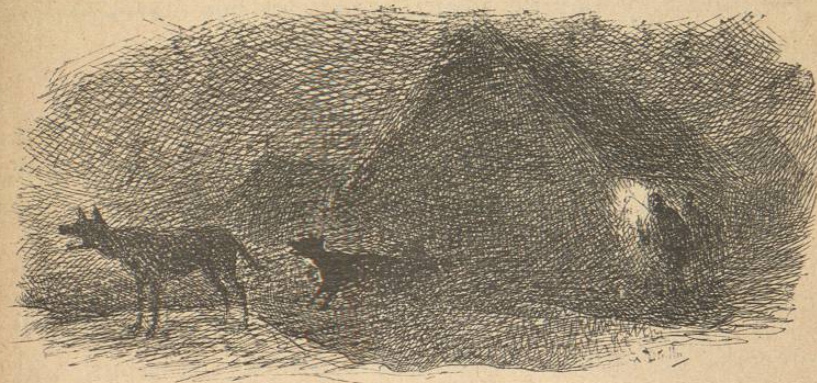
Pedí licencia á Corona para formar parte de la expedición, y el jefe le dijo á Salas:

— Vaya, amigo, Dios le va socorriendo: aquí tiene un muchacho de fibra que dice quiere ser de los suyos. ¿Le acepta?

— Con mil amores, mi general.

— Pues vaya á buscar el resto, que no le faltan más que cuarenta y nueve.

Treinta y siete hombres pudo reunir el buen Salas, y al obscurecer nos poníamos en camino llenos de gozo. Anduvimos toda la noche, y en vez de evitar los ranchos sospechosos, los puntos en que había temores de encontrar franceses, íbamos á buscarlos con más resolución, como si hubiéramos llevado la seguridad de que nos custodiaba las espaldas un buen golpe de tropas.



Cuando los perros anunciaban nuestra presencia, los medrosos habitantes de los lugarejos salían despavoridos alumbrándose con rajas de ocote y envueltos en sucias sabanillas.

— ¿Qué es eso, tales? exclamaba Calixto; ¿de modo que está todo como siempre? Vayan matando diez y seis reses, y alisten paja y maíz para setecientos caballos... Donde venga don Angel Martínez y vea que todo está lo mismo que hace dos horas, que deben de haber pasado los de la vanguardia, no se quitan una jusilada ni con jabón de la Puebla.